
Linajes políticos, herencias revolucionarias

De los antepasados irlandeses de

Buenaventura Luna a Juan Pablo Maestre

Carlos Semorile*

Buenaventura Luna fue un notable folklorista argentino nacido en 1906 como Eusebio de Jesús Dojorti en Huaco, departamento de Jáchal, provincia de San Juan. Cien años antes, su tatarabuelo, el prisionero irlandés John Dougherty, había llegado al Río de la Plata durante las Primeras Invasiones Inglesas. Este texto indagará en todos los aspectos irlandeses que es posible advertir en la actividad política/cultural tanto de Luna/Dojorti, como de su hijo Juan Pablo Maestre. Se trata de un trabajo de tipo descriptivo sobre quienes fueron mi abuelo y mi tío maternos, en base a documentos que me fueron legados, pero también apoyado en relatos orales, y testimonios de familiares, amigos y compañeros de trabajo y militancia. Y libros que los mencionan.

Desde hace quince años, soy recopilador de la vasta obra musical, literaria y ensayística de Dojorti/Luna. Siendo niño, a mi abuelo sólo lo conocí a través de los relatos de mi abuela Olga Maestre, pero me llegó como “Buenaventura Luna” y solamente años más tarde supe su verdadero nombre y de su lejano origen irlandés –“lejano origen” que, sin embargo, puede verse en los rasgos de algunas de las hijas e hijos que tuvo con mi abuela, entre ellos mi madre Brígida-. Desde ese entonces, “lo irlandés” ha permanecido en mí como persistente indagación acerca de las identidades irlandesa y argentina, y de cómo se reflejan en temas cruciales para ambas culturas.

La cuestión nacional bajo el cielo suramericano

Mientras permaneció en Buenos Aires, John Dougherty pudo percibir las contradicciones de la aldea convulsa, y conocería la desertión de irlandeses favorecida por el hecho de estar en una tierra tan católica como la propia Irlanda: “Una de las facetas de las invasiones inglesas más frecuentemente subestimadas por la moderna historiografía ha sido su carácter de guerra religiosa” (Díaz Gavier, 2007, p. 19).

Tras participar de una invasión que resultó fundante para la cuestión nacional, percibe que aquí está naciendo un nuevo tejido comunitario: el pueblo en armas origina un proceso revolucionario que acabaría con la monarquía en tierras americanas. En los años por venir, los descendientes de John Dougherty participarán en la batalla entre las dos líneas medulares que disputarán los destinos del país: un imperialismo comercial sin ocupación territorial, y una conciencia colectiva, nacional, popular y emancipatoria.

Desde octubre de 1806, John estuvo internado en San Juan capital. Cuando un año más tarde los ingleses se retiran humillados del Río de la Plata, John Whitelocke estima que 200 irlandeses decidieron no regresar a Gran Bretaña. Como estos compatriotas, John entiende que aquí podía ser libre, sin sufrir persecución étnica o religiosa, y algo principalísimo: sólo bajo este cielo le sería

* Bachiller. Correo electrónico: carlossemorile@gmail.com

posible acceder a un pedazo de tierra. Al cumplir 22 años, el 8 de octubre de 1808, es bautizado en San Miguel de Tucumán. Ya para esa fecha, su apellido había tenido algunas mudanzas hasta castellanizarse en forma definitiva como Dojorti. Al contrario de lo que le sucedía en Irlanda, aquí todas sus singularidades lo favorecían: su tez blanca, el ser instruido, más el hecho de hablar inglés, todo ello lo elevaba a los ojos de la elite dominante. En 1810, John Dougherty/Juan Dojorti se casa con María Mercedes Cabot y queda emparentado con Juan Manuel Cabot, futuro comandante del Ejército de los Andes. Sus hijos se relacionan con una poderosa familia tucumana, los Aráoz de Lamadrid, y el hijo menor, Eusebio Dojorti Cabot, llega a San Juan en 1831 con las tropas del general Lamadrid, en el marco de las guerras civiles argentinas. Llegará a ser comisario de policía de la ciudad capital, y será desterrado tras el crimen del caudillo federal Nazario Benavídez. Su hijo, Eusebio Dojorti del Mazo -primer sanjuanino de la estirpe y segundo Eusebio Dojorti del linaje-, también ocupará varios cargos políticos como parte del bando unitario. Al casarse con Josefa Suárez, acrecienta su patrimonio con las tierras que ella había heredado de su padre, y que eran parte de las mercedes reales con las que los españoles repartieron las tierras de Huaco. Éstas incluían un molino harinero que Josefa refaccionó y puso a funcionar cuando el matrimonio Dojorti-Suárez se afincó en Huaco, en coincidencia con la etapa de esplendor económico de Jáchal vinculada al engorde de ganado en pie que luego era trasladado en arrias hacia Chile, Bolivia y Perú. Así, a través de un proceso de adquisiciones, litigios y herencias, pero sobre todo de afincamiento y de actividad social y política, aquellos descendientes de irlandeses desposeídos, se arraigan a una tierra desde la cual, además, procesan la harina para los futuros alimentos en la época en que Huaco fue considerado “el granero de Jáchal”.

El segundo hijo del matrimonio Dojorti-Suárez, Ricardo Arístides Dojorti (casado con Urbelina Roco), se pone al frente de la unidad productiva en que se complementan sus tierras y el molino, y en 1909 llegará a ser el primer Intendente de Jáchal, siendo reelegido en 1923. Batallará por la concreción de la línea férrea entre San Juan y Salta, cuyo primer tramo iría de San Juan capital a Jáchal, integrando el norte argentino. Pero la línea recién comenzó a construirse en 1921 y concluyó en 1931 cuando Ricardo Dojorti (el “leader” del ferrocarril, como lo llamaban) ya había fallecido.

El valor de la palabra

Uno de los hijos del matrimonio Dojorti-Roco será el tercer Eusebio Dojorti del linaje, el futuro Buenaventura Luna, nombre que tomó del encargado del ganado en la finca de su padre y cuyos relatos le encantaban. Pero no era el único. Mientras vivió en Huaco, su infancia transcurrió alrededor del Viejo Molino de los Dojorti, en cuyo patio se concentraba toda la vida social, comercial y cultural del pueblo que durante el día intercambia bienes materiales y, por la noche, mientras esperan su turno para la molienda, bienes simbólicos. Identificado con los labriegos y los arrieros, el futuro Buenaventura Luna estuvo en los fogones donde se compartían cuentos, leyendas, coplas, canciones, consejos y saberes. Estos personajes criollos con los que mantiene vínculos desde muy pequeño, tienen una semejanza con los “seanchaí” irlandeses, aquellos hombres que “saben cosas” y son capaces de desempolvar historias antiguas.

En estos relatos no deben haber faltado las menciones a los caudillos montoneros que pasaron por Huaco -Facundo Quiroga, el Chacho Peñaloza y Felipe Varela-, pues se trataba de un pasado todavía palpitante para los “tata viejos” del pueblo. Este fue, sin dudas, su primer encuentro con el revisionismo histórico de cuño popular. Años más tarde, reivindicaba “mi frotamiento personal con los arrieros, labriegos y pastores de mi tierra, analfabetos, sí, a los cuales siempre tuve por cultos en despecho de modales que a los cultistas podían parecerles rústicos o bárbaros” (Casas, Semorile y Mallea, 2018, págs. 177-178).

En su relato *El Molino de Huaco*, Luna destacó la cruz que estaba en su frente, tal como era costumbre en los molinos “bautizados”. Sus biógrafos señalan que se crió en un ámbito cristiano que marcaría su vida y su obra. Digamos que cultivó una religiosidad popular alejada del culto oficial. El suyo fue un cristianismo a la irlandesa, pues tanto implicaba su reconocimiento del Otro como prójimo, y al mismo tiempo era la fuente última de su oposición a los abusos del Poder.

Oficiando como “marucho”, o peoncito más joven de los arrieros, conoce las travesías y valles del norte sanjuanino. Poco después se lanza a viajar por buena parte del país argentino, desde Catamarca a Comodoro Rivadavia. Regresa al pueblo hacia 1922, y con sólo 16 años oficia de “traductor” para sus paisanos. Porque más allá de la hondonada de Huaco se están dando algunos prodigios como los del petróleo, el papel y hasta la tecnificación de los campos. Y aunque el desarrollo de la pampa gringa sigue la lógica de abastecer a las industrias inglesas para que importemos sus productos manufacturados, el contrapunto con el vallecito natal y su decadencia no podía ser mayor. En este traducir los mundos que conviven en un mismo país, ya se perfila una conciencia que buscará reconciliar las mejores tradiciones nativas con los adelantos técnicos y sociales del siglo. Desde entonces será, a un tiempo, tradicional y moderno.

Le comunica a su padre que piensa abondar sus estudios, y éste lo ingresa al Arsenal de Guerra de Buenos Aires, pero se trompea con el coronel Director y deserta. Se dirige a Entre Ríos, donde trabaja como peón de campo hasta que se conoce la amnistía para los desertores del presidente Alvear. A mediados de 1924 se asienta en San Juan capital, donde vende todo lo que tiene y retoma sus hábitos de lector. Durante cinco meses se encierra a estudiar todas las teorías sociológicas en boga para poder participar de la vida intelectual sanjuanina y de los debates ideológicos entre la oligarquía viñatera y el bloquismo, o radicalismo intransigente, liderado por los hermanos Federico y Aldo Cantoni.

La experiencia bloquista produjo una conmoción en la vida política cuyana similar a la que el peronismo produciría, años más tarde, en el país todo. En materia de políticas sociales, el bloquismo fue bastante más allá que el yrigoyenismo, y en la constitución provincial de 1927 estableció el derecho a un mínimo de seguridad económica, la inembargabilidad del hogar familiar, y consagró el voto femenino. Como el peronismo, fue combatido desde la izquierda y la derecha, pero estaba arraigado en el sentir popular debido a sus obras de reparación social, material y espiritual. En sus filas, Dojorti se destacó como orador, y como periodista de los órganos partidarios. También demostró coraje, como cuando salvó la vida de Federico Cantoni en una esquina porteña durante la campaña a favor de la fórmula anti-yrigoyenista. El acercamiento de Cantoni con los conservadores disgustó a Dojorti, quien encabezó el pedido de reorganización del bloquismo. Se propuso editar y dirigir el periódico *La Montaña*, pero el diario fue requisado en la imprenta por una patota para-estatal que ese día, 14 de mayo de 1932, también secuestró a Eusebio y a sus compañeros. Estuvieron detenidos-desaparecidos mediante prácticas similares a las del Terrorismo de Estado y, para evitar a las comisiones investigadoras enviadas desde la Capital, Cantoni decidió recluirlos en Tamberías, un pequeño pueblo del valle de Calingasta. Estuvieron 77 días de cautiverio y, según el testimonio de su amigo Juan José Montilla, durante el encierro Eusebio leía para sus compañeros la *Historia de Cristo* de Giovanni Papini. Como otro compañero - Enrique Haagendal (de origen danés)- estaba muy deprimido, le dijeron que le diese clases de inglés a Dojorti, quien así aprendería el idioma que, a la fuerza, habían hablado sus ancestros. Con la ayuda de un miliciano que había trabajado en los campos de su padre, al despuntar el 31 de julio tomaron la comisaría, y comenzaron una penosa travesía cordillerana que los llevaría hasta Mendoza. Desde los balcones del diario *La Libertad*, Eusebio narró lo ocurrido, aventando las mentiras que el cantonismo había instalado en los medios. Luego, viajó a Buenos Aires para

denunciar que su compañero Carlos Miscovich aún se encontraba desaparecido –luego apareció sano y salvo-.

Pese a estar amenazado de muerte, regresó a San Juan donde fundó una federación de partidos provinciales y escribió el *Manifiesto de la Unión Regional Intransigente*:

desde los tiempos de nuestra organización política hasta los días del presente, el pueblo criollo de la república (...) viene siendo víctima de las mismas instituciones cuya creación sólo fue posible después que el fecundó con su sangre heroica (...) la tierra virgen en que aquellas debían arraigar. De 1806 a 1853 (...) el criollo triunfó de todas las violentas tentativas de dominación extranjera. Pero en adelante desaparece de la escena: con lo que se llamó ‘la derrota de los caudillos’ la discusión del problema se circunscribe al radio urbano de las ciudades. Entonces pudo verse claro que los doctores, que los parlamentarios, que los intelectuales de toda laya empezaban a legislar con indiferencia y hasta con desprecio marcado por aquel ‘gaucho’ que, a no haber alentado un fervoroso sentimiento patriótico, tampoco le abriera, con su lanza bárbara y aguerrida, camino a la asamblea docta que legisló rara vez sin proponérselo, para aniquilarlo. Para aniquilarlo, sí. Porque de 1853 arranca (...) la invasión económica extranjera del país. (Semorile, 2006, p. 100)

Este y otros análisis de Dojorti son coincidentes con los enfoques realizados por las más destacadas figuras del Pensamiento Nacional, hombres como Ramón Doll, José Luis Torres, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi, Leopoldo Marechal, Arturo Sampay, Juan José Hernández Arregui y John William Cooke –otro conocido y respetado descendiente de irlandeses-.

En 1934 se presenta como candidato a diputado por Jáchal, pero pierde por escaso margen. Comienza a pergeñar sus audiciones radiales, y ésa será la siguiente estación de la vida pública de Eusebio. Pero la reclamará desde otro nombre: Buenaventura Luna.

En Jáchal y San Juan capital, se dedica a probar guitarristas y cantores hasta lograr la base de La Tropilla de Huachi-Pampa. Con libretos y canciones propias, él y su Tropilla animan dos populares audiciones en Radio Graffigna. En 1937, Buenaventura los lleva a Buenos Aires, y se presentan con éxito en la antigua Biblioteca Nacional. Al año siguiente, ya están trabajando en Radio El Mundo,¹ y en el 1940 –también con libretos de Luna- comienzan un ciclo que hará historia en la radiofonía nacional: *El fogón de los arrieros*, el primer programa que difundió masivamente el canto nativo en Argentina. Sus oyentes eran, como él mismo, migrantes internos que abandonaron sus pagos para mejorar su condición social. Para el investigador Matthew Karush:

Desde las milongas de Homero Manzi hasta las películas de Mario Soffici y el trabajo de artistas folclóricos como Buenaventura Luna, las representaciones masivas de la Argentina rural ofrecían una esencia nacional no corrompida ni por la influencia extranjera ni por el comercialismo, definida en oposición a la sofisticación pretenciosa y al ascenso social materialista propios de la ciudad. (Karush, 2013, p. 211)

Esta mirada dojortiana centrada en valores espirituales tiene muchos puntos de contacto con el planteo de W. B. Yeats cuando decía que “ese instinto de lo que está cerca, aunque oculto, es en realidad un regreso a las fuentes de nuestro poder y, por lo tanto, una reclamación de futuro” (Kiberd, 2006, p. 337). Este reclamo de futuro fue el centro de la rabiosa piedad política de Dojorti, y por ello llegó a reformular el conocido dilema sarmientino entre civilización y barbarie, y lo hizo

1. Su inicio en la radiofonía nacional coincide con el período de popularización de la radio en Irlanda, tal como puede ver en la película *Dancing at Lughnasa*, ambientada en el Donegal de sus antepasados.

de un modo que podría suscribir cualquier escritor, dramaturgo, músico o poeta irlandés: “Una forma de civilización puede derrumbarse y se derrumba; pero la cultura no. A la larga el hombre siente la necesidad de buscarse en lo nacional, en sus cantares y en sus coplas”. (Semorile, 2007, p. 37).

En plena posesión de sus capacidades retóricas -fueran las de la palabra escrita, hablada o cantada-, Luna hará de las mismas un uso proficuo en sus audiciones porque juzga que la radio es el vehículo ideal para que los oyentes puedan gozar de “La buena música y la palabra embellecida por la inflexión humana del sentimiento en el misterio del aire” (Semorile, 2008, p. 33). Al igual que sus ancestros irlandeses, Dojorti creía en el poder de la palabra:

yo estoy con los que creen que el de la palabra es el arte supremo (...) Si no fuera por la palabra (...) el hombre no hubiera experimentado jamás la necesidad de pensar. Ella no sólo lo ha liberado sino que lo ha elevado por sobre el instinto, aproximándolo a la noción milagrosa (...) a la sublime idea salvadora de la existencia de Dios. (Semorile, 2006, p. 29)

Desde el micrófono, Luna buscó desarticular los “*engaños seculares*” de la historia oficial. Sin sentirse representado aún por ninguna facción partidaria, él ya era parte de un renacimiento cultural que -como sucedió con la Liga Gaélica y el Renacimiento Literario Irlandés- buscaba afanosamente la revolución política que plasmara los ideales de redención económica, social y cultural. Cuando esa ocasión se presentó, Eusebio Dojorti adhirió al movimiento nacional (incluso se afilió al Partido Peronista), y explicó las razones de su surgimiento y también las conquistas que representaba:

El peronismo, señores intelectuales, es el resultado de sus cien años de holganza aristocrática y de su desprecio por las angustias del hombre humilde y de la mujer humilde del país. Por eso, el peronismo (...) es toda una revolución (...) Juan Domingo Perón aparece en la vida política y social argentina (...) levantando la bandera de la Justicia Social, que es lo mismo que decir ‘La justicia para el pobre, para el manso, para el argentino humilde y sufrido de cien años de incomprensión y de indiferencia política y social’ (...) soy criollo y me gustan las empanadas (...) Pero mucho más me gusta que Perón agregue a las empanadas los ferrocarriles, el gas, los teléfonos, y, sobre todo, la Justicia Social, la Justicia Para el Pobre; y aún más: (...) Me gusta que Perón agregue, a todo eso y para nosotros, la dignidad suprema de ser argentinos (...) Ya nos hemos recuperado. Ya somos Nación. Ya hemos dejado de ser colonia sometida a la influencia de potencias extranjeras (...) Es decir, que ya somos responsables de un destino (...) constituimos un país que ha alcanzado, con su autonomía económica y política, la plenitud de todas sus potencias espirituales. (Semorile, 2006, ps. 129, 133 y 136)

Ya no era necesario desviar la mirada buscando patrones culturales ajenos y, como en el *Manifiesto*, siguió cuestionando los presupuestos ideológicos de “la Argentina blanca”. Su enfoque implicaba una matriz cultural mestiza, desde la cual rechazaba los planteos tanto de una herencia meramente española, como los de un indigenismo extremo. Lo recibido a través de la sangre y del espíritu provoca el alumbramiento del mestizo nativo que será la base de todas sus preocupaciones, ya sea en el período histórico del gauchaje, ya sea entendiendo al criollo como la base híbrida del arquetipo del argentino. Asimismo, en poemas, audiciones y canciones, Buenaventura se iba a ocupar de reivindicar al indio, quien se había rebelado -como lo hizo el propio criollo- en defensa de sus derechos. Para el historiador Ezequiel Adamovsky:

Un aspecto central de la reivindicación del pueblo criollo que intentaba Luna era la visibilización de sus componentes étnicos no europeos. Los pueblos originarios están bastante presentes en sus composiciones (...) La nación reconciliada consigo misma que Luna imaginaba

era decididamente mestiza. Este carácter del gaucho, además, hermanaba a los argentinos con los criollos pobres de toda América Latina, unidos en su común condición indoamericana y en su sujeción al imperialismo (...) Luna hizo un esfuerzo muy notable por dar visibilidad a los afroargentinos como parte del mundo criollo (...) Luna fue una de las voces que, antes de 1955, aportaron al peronismo contenidos 'raciales' y de crítica de las narrativas históricas que aún estaban ausentes en sus máximos dirigentes. Asimismo, su popularidad como músico y conductor radial los irradió todavía más entre el gran público. La tradición del criollismo popular –el cuestionamiento social que planteaba el *Martín Fierro* en particular- fue un ingrediente indispensable de ese aporte. El gaucho legendario parecía ahora encarnar, en el trabajador criollo actual, al cabecita negra peronista. (Adamovsky, 2019, ps. 182-183, y 189)

Justamente en su análisis del *Martín Fierro*, más precisamente al posar su mirada sobre unos versos del Canto Tercero ("*Hasta un inglés sanjiador/que decía en la última guerra/que él era de Inca-laperra*"), Dojorti hallará rastros irlandeses:

En este cuadro de costumbres, de valor inapreciable a nuestro modo de ver, Hernández alude a los primeros irlandeses que llegaron al país allá por el siglo XVII, los cuales eran ocupados por los primitivos estancieros para cavar zanjas o fosos que rodeaban los cascos de las estancias, así defendidos de los malones de las indias. (Rovira, 2006, p. 74)

Y aquél criollismo popular -integrador, adaptador y asimilador- aparece en una carta que Julian Dillon O'Roarke le envió en septiembre de 1949 desde el campamento que la Standard Oil tenía en Plaza Huincul. La misma llegaba como respuesta a una solicitud de Eusebio por acceder a la música, costumbres y leyendas de la región patagónica:

Ud. está en lo cierto Sr. Luna, mi ascendencia es irlandesa, mis abuelos lo son y además fueron los creadores del primer periódico en inglés del Río de la Plata (*sic*), 'The Southern Cross' que aún existe; yo conservo la lengua y costumbres de mis antepasados pero soy más criollo que el mate amargo, ya que todo lo que soy y lo que poseo se lo debo a mi Argentina que es tan bella y generosa con sus hijos. (Semorile, 2008, p. 189)

Inversamente, en unos versos donde Eusebio parece estar ensayando su conocido poema criollo *Mis agüelos*, se cuele la memoria del prisionero irlandés John Dougherty: "A veces se juntaban los dos viejos (...) Las agüelas se reían de los viejos/Mas la verdad es ésta:/una tuvo veinticuatro, la otra dieciséis/Yo vine a ser arriero, viniendo de los mares/tirado en una vela de aquellas irlandesas". Por esta razón, a una de sus hijas le daría el nombre de la Santa Patrona de Irlanda, Brígida.

Como sus antepasados irlandeses, Dojorti también se ocupó de traducir los nombres de la toponimia regional, comenzando por los de Huaco y Jáchal, originarios de los pueblos diaguitas que hacia 1608 fueron desplazados por los españoles. Su atenta escucha del habla popular, la plasmó en cuentos, poemas y canciones. El país se caracterizó por la beligerancia con que se discutió el problema del "idioma nacional de los argentinos", y Buenaventura participó desde un lugar subalterno -aunque eminentemente nacional, el criollismo- en aquel debate en torno a una lengua nacional emancipada: sostuvo que el idioma del paisano es el soporte de una sabiduría popular que no debía oírse como "ruido", sino escucharse como discurso soberano.

En 1963, los jóvenes firmantes del *Manifiesto del Nuevo Cancionero* (Armando Tejada Gómez, Hamlet Lima Quintana, Mercedes Sosa, entre otros) lo rescataron, junto con Yupanqui, como los revitalizadores del "*solemne cadáver*" en que se había convertido el cancionero nativo. En Huaco se lo conoce, de manera lisa y llana, como "El Poeta", y se lo conmemora -en los aniversarios de su

natalicio y de su muerte- en el Viejo Molino y representando ante su tumba una escena que está en el recitado de su canción *Vallecito*: “Acaso cierren mis ojos las piadosas manos magras de alguna vieja huaqueña, de negro rebozo pobre, y antiguo credo cristiano”. Y en el cierre de la Fiesta de la Tradición Jachallera (una de las más antiguas del país) se representa su poema *El fogón de los arrieros*, en un hecho inédito que no conoce réplicas en otras latitudes.

Ya muy enfermo, fue testigo de la Masacre de Plaza de Mayo de 1955 contra el pueblo peronista. Su hija Mónica recordaba: “El 16 de junio, el Papi le dijo a la Mami: ‘Este es el momento de defenderlo con los fusiles. El pueblo debería salir a las calles’” (Semorile, 2006, p. 315). Es lo que él hubiese hecho. Falleció un mes y medio más tarde. Tenía apenas 49 años.

El valor del compromiso

Como Eusebio nunca se casó, con su muerte se perdió la continuidad patrilínea del Dougherty original devenido en Dojorti, y sus hijos llevan los apellidos de sus madres. Con la sanjuanina Olga Maestre –la única que, con justicia, puede ser considerada como su compañera- tuvieron siete hijos: los tres primeros nacieron en San Juan capital (Marta Olga, José María –“Marucho”-, y Brígida del Carmen), y los cuatro restantes en Buenos Aires (Eulalia Beatriz, Mónica del Rosario, Eusebio de Jesús y Juan Pablo). Algunos de ellos salieron –al decir de Luna- “como yo, morenitos”, y en otros se advertía la genética irlandesa, como en Marta, “Marucho”, Brígida y Juan Pablo. Todos ellos participarían, cada uno a su modo, de la vida política argentina a través de la militancia gremial, barrial, política y cultural.

Tras la separación, vendrán años duros para Eusebio, pero la situación de Olga era mucho más complicada tanto en lo social como en lo económico. Alquila una muy humilde pieza en un conventillo -donde se muda con sus hijos varones-, y gracias a la Fundación Eva Perón logra ingresar a sus hijas mujeres como pupilas del Colegio María Auxiliadora de Barracas. Olga comienza a trabajar limpiando casas de familia, fregando pisos, lavando y planchando ropa, y cocinando para algunos bares y restaurantes.

Cuando sus padres se separaron, Juan Pablo, nacido el 9 de junio de 1943, era apenas un crío. Durante su infancia, fue harto difícil tener certidumbres porque la realidad era muy dura y, si bien había lugar para los sueños, no había margen para el delirio. La única certeza eran su madre y hermanos, una especie de clan porque la familia de Olga la había abandonado a su suerte tras sancionarla por su relación con el bohemio Buenaventura Luna. Desde chico, Pablo fue mamando muchas características de Olga, como el aguantar las situaciones difíciles, la idea de sostener con el cuerpo los compromisos asumidos, o comprender la suprema importancia de la palabra: decir la verdad y nunca mentir.

Además, Olga inició a sus hijos en la cuestión nacional y social, llevándolos a los actos peronistas como el que se hizo 1º de marzo de 1948 en Retiro para celebrar la nacionalización de los ferrocarriles. Tiempo después, logran ver a Eva Perón en la antigua Secretaría de Trabajo y Previsión. Allí, Evita acarició con ternura la cabeza de Juan Pablo, y tras esta visita “Marucho” comenzaría a trabajar en Teléfonos del Estado y Marta en Casa de Moneda. Años más tarde, en 1956, un admirador de Luna que dirigía el Banco Hipotecario facilita las cosas para que los Maestre accedan a la vivienda que les había sido adjudicada en Ciudad Evita. Para Olga comenzaba una etapa de reparaciones en el plano personal: ahora sus hijos trabajaban y sostenían el hogar.

En el plano social, ocurría todo lo contrario porque los golpistas de 1955 pretendían “desperonizar” la Argentina, lo cual “no era sólo la materialización de una práctica proscriptiva, sino que escondía una intencionalidad simbólica mayor, la de imponer por decreto un blanqueo de

la memoria colectiva, un olvido obligado del pasado” (Salas, 2015, p. 76). Algo muy similar a la política inglesa aplicada en Irlanda.

Sabían que no sería fácil. En 1956, con propósito escarmentador, vuelven a fusilar en el país, y desde 1957 las Fuerzas Armadas asumen la doctrina de la “escuela francesa” de represión ilegal (tal como los paracaidistas ingleses que actuaron en el Ulster en los ‘70). Y aquí también, como en Irlanda, la resistencia se cimentó desde las familias como último refugio frente el embate de las fuerzas de seguridad actuando como ejército de ocupación. Las “cocinas peronistas” funcionaron como el ámbito donde el peronismo se puso a punto como “cultura del oprimido”, el lugar donde fue narrado y fue legado.

Bajo el agobiante clima “cuartelario” de esos años caracterizados por una política de “hambre y leña” (muy similar a la que los irlandeses sufrieron a manos de los ingleses), los jóvenes de Ciudad Evita comprenden que al peronismo no se lo persigue por sus errores, sino por sus aciertos. Comienzan a participar de una resistencia en principio anárquica, pero que poco a poco les permite superar la dispersión inicial. Se conocen del colegio, del barrio, o de la barra de amigos, donde los más grandes –como “Marucho”- les enseñan a “traducir” lo que en la prensa y en los libros se distorsiona de la realidad. Y así van aglutinándose y haciendo reaparecer la política desde nuevas formas de organización, y sosteniendo la identidad cultural que el establishment deseaba desterrar.

En este proceso, Pablo se perfila como líder natural planteando que había que terminar la inconclusa Revolución de Mayo, y promoviendo la toma del colegio durante el conflicto por la educación “laica o libre”. También en el secundario, escribió, montó y actuó en una obra de teatro que discurría sobre los “deber ser”, y estaba en la onda del existencialismo francés, aunque con alguna distancia a la irlandesa: irónica y crítica. Sucede que no avalaba los mandatos, ni siquiera los que emanaban de cierta militancia. Como su padre, compuso algunos temas, como *La canción del negro pobre* que Mercedes Sosa le pidió para su repertorio cuando lo escuchó cantarla en *La Cueva de Fanny*. Y, tal como Dojorti, tenía buena pluma. Una de las pocas cosas escritas que quedaron de Juan Pablo es una semblanza del poeta Jaime Dávalos (con quien su padre rivalizó, al estilo de los bardos irlandeses, sobre quien sabía más sobre la Biblia):

Lo conocimos (...) en una noche de Buenos Aires en que la ‘comprensión’ iba del brazo con los señorones. Nosotros le llevábamos (...) nuestra indiferencia. Quiero ser honrado: fuimos a escuchar a un tipo que decía versos, un poeta. Él fue como un hálito puro que nos golpeó la cara. Nos trajo su cargazón de cielos y de campos. Su perfume a romero y a albahaca, que yo sé, se lo robó al vino en la noche de carnaval. (Semorile, 2006, p. 316)

Al concluir la secundaria, hizo el ingreso a ingeniería, a psicología y a sociología, y se decidió por ésta última. En 1963, es bibliotecario de la vieja facultad de Filosofía y Letras, y allí conoce a quien sería su compañera, Mirta Elena Missetich. En la facultad se hace amigo de un brillante semiólogo, Carlos Olmedo. Juntos recorrerían una breve pero muy intensa deriva en la construcción de una organización político-militar que tuvo varios nombres provisorios y muchos debates internos entre 1964 y 1970, año en que se dan a conocer públicamente asumiendo su identidad peronista. La investigadora Pilar Calveiro sintetiza una parte de ese recorrido:

Las FAR (...) provenían del guevarismo y de sectores disidentes de la izquierda tradicional; sus primeros grupos se habían formado para apoyar el proyecto guerrillero del Che en Bolivia, en 1966. Sin duda, fue el grupo guerrillero que hizo la elaboración teórica más profunda en torno a la relación entre un proyecto de corte socialista y las características de un movimiento nacional como el peronismo. (Calveiro, 2008, p. 77)

Sucede que las Fuerzas Armadas Revolucionarias también venían de ese peronismo “silvestre” que protagonizó la resistencia que se inició el mismo 16 de junio de 1955, y que fue radicalizándose a medida que se iban cerrando todos los demás caminos políticos. Dentro de lo que se conoce como las “Proto-FAR”, Pablo y Carlos Olmedo –más el abogado Roberto Quieto- fueron quienes dieron dos vastos y sustantivos debates simultáneos sosteniendo la inviabilidad de la lucha rural, y logrando la síntesis acerca de la identidad peronista de la organización. Dirá Olmedo en un recordado reportaje:

El peronismo no es una experiencia centrada en lo material, en lo económico. Nuestro pueblo no es tanto un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido (...) lo cierto es que lo que genera conciencia no es sólo la miseria, sino la comprensión de que esa miseria es una injusticia. (De Santis, 2017, p. 46)

Mientras la organización iba creciendo con la incorporación y formación de nuevos militantes, y a través de un proceso de acumulación y pertrechamiento en vistas a las acciones armadas, tanto Juan Pablo como Carlos Olmedo solían afirmar que “*Los fierros pesan, pero no piensan*”, y de ese modo reafirmaban que las decisiones políticas están siempre antes y por encima que los hechos armados. Además, Pablo solía recomendar no acatar a los jefes cuando sus órdenes estuvieran reñidas con el sentido común. Se habían impuesto la necesidad de que sus acciones evitaran cualquier derramamiento innecesario de sangre, y eso les fue generando una buena reputación. Andando el tiempo, llegarían a ser percibidos a nivel popular como “los muchachos”, el mismo apodo cariñoso que en Irlanda se les daba a los rebeldes.

Pero Pablo y Carlos no llegarían a verlo. Luego de trabajar en las primeras empresas de investigación de mercados que hubo en el país, Juan Pablo llegó a tener una alta responsabilidad dentro de la División de Marketing de *Gillette*. Pese a su cargo, solía bajar a tomar mate con los trabajadores de la caldera. Debido a este compromiso, cuando en 1973 actualice su *Caso Satanowsky*, Rodolfo Walsh dirá que “Esa renuncia a los privilegios de la posición y el título no le será perdonada al ejecutivo Maestro” (Walsh, 2010, p. 197).

En 1971, las FAR sufren una serie de golpes tremendos y caídas muy significativas que el investigador irlandés Michael McCaughan resume de este modo:

una pareja de apellido Verd había desaparecido (*en San Juan capital*), el dirigente de las FAR Roberto Quieto había escapado por muy poco de un secuestro, a Juan Pablo Maestro lo habían matado de un tiro y su mujer Mirta Missetich estaba desaparecida. (McCaughan, 2015, p. 175)

Mirta y Pablo fueron secuestrados en el barrio de Belgrano cuando iban a despedirse de los padres de Mirta antes de pasar a la clandestinidad, en un operativo que incluyó una “zona liberada” que Rodolfo Walsh descubrió mediante la intercepción de la onda radiotelefónica de la policía. En verdad, Pablo también estuvo desaparecido y sólo la rápida intervención de los Maestro y del equipo de abogados conducido por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde logró impedir que su cuerpo –hallado fortuitamente en un zanjón de Escobar- fuese enterrado como NN.

El padre de Mirta, un alto ejecutivo en Bunge y Born, fue recibido por Arturo Mor Roig, Ministro del Interior de la dictadura de Lanusse, y el jefe de policía, general Cáceres Monié, “*le dio esperanzas (...) le habría comunicado que la Policía sabe que Mirta Missetich se halla con vida, reponiéndose del shock que recibió por el episodio vivido*”.² Desde luego, era mentira: Mirta continúa desaparecida.

2. El padre de Mirta Missetich realizó gestiones en la Casa de Gobierno (29 de julio de 1971). *La Opinión*, p. 11.

Días después del entierro, Ortega Peña y Duhalde escribieron una nota que toma las palabras que “Marucho” le dedicó a Juan Pablo: “‘Pablo, sos el pueblo’, dijo su hermano al despedirlo. Nada más significativo para expresar que Juan Pablo Maestre es ya mártir del pueblo (...) Los símbolos nos remiten a significaciones colectivas”.³

Como en la Irlanda que rescata la memoria de sus mártires, aquí surgieron Unidades Básicas bautizadas con su nombre -en una de ellas militó el albañil Jorge Julio López-. Y en la entrada de la Biblioteca Nacional, el nombre de Juan Pablo encabeza la lista de la placa que recuerda a los bibliotecarios víctimas del Terrorismo de Estado.

Conclusión

Indagamos las memorias de un linaje para interpretar sus luchas políticas, y acceder al sentido de sus legados. Por muy diversas que hayan sido sus épocas y por diferentes que hayan sido sus modos de lucha, hay una continuidad revolucionaria en comprender que siempre se batalla en múltiples frentes (territorial, económico, político, religioso, social, idiomático, folklórico, intelectual, cultural, etc.) para defender una identidad. Un fuerte “nosotros mismos” argentino que resguarda nuestra integridad, nuestra subjetividad y nuestra libertad.

Referencias

- Adamovsky, E. (2019). *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Calveiro, P. (2008). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Casas, J., Semorile, C., y Mallea, C. (2018). *Huaco, la tierra que yo más amo*. Jáchal: Ediciones de La Montaña.
- De Santis, D. (compilador) (2017). *La Polémica FAR-ERP*. Lomas de Zamora: Editorial Sudestada.
- Díaz Gavier, M. (2007). *Cada casa era una fortaleza. Buenos Aires 1806-1807: la peor derrota británica durante las guerras napoleónicas*. Buenos Aires: Ediciones del Boulevard.
- Karush, M. (2013). *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*. Buenos Aires: Ariel.
- Kiberd, D. (2006). *La invención de Irlanda. La literatura de una nación moderna*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- McCaughan, M. (2015). *Rodolfo Walsh. Periodista, escritor y revolucionario. 1927-1977*. Buenos Aires: LOM Ediciones.
- Rovira, M. (2006). *A la memoria de Buenaventura Luna. Poesías, relatos y escritos inéditos de Eusebio de Jesús Dojorti/Buenaventura Luna*. Unquillo: Narvaja Editor.
- Salas, E. (2015). *La resistencia peronista. La Toma del Frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Semorile, C. (2006). *Olga y Eusebio, papeles resguardados al rescoldo del amor. Filosofía política y cultura nacional en el pensamiento de Buenaventura Luna*. Buenos Aires: Ediciones De La Tropicilla.
- Semorile, C. (2007). *La vida y la libertad. Seis estampas de Buenaventura Luna sobre la emancipación de su pueblo*. Buenos Aires: Ediciones De La Tropicilla.
- Semorile, C. (2008). *El Canto Perdido y Los Manseros del Tulum. Buenaventura Luna y el canto en las tradiciones populares argentinas*. Buenos Aires: Ediciones De La Tropicilla.
- Walsh, R. (2010). *Caso Satanowsky*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

3. Duhalde, E. L. y Ortega Peña, R. (28 de julio de 1971). Pablo, sos el pueblo. *Revista Nuevo Hombre*, p. 4.

Diario La Opinión, 29 de julio de 1971.

Revista Nuevo Hombre, 28 de julio de 1971.

Película Dancing at Lughnasa - Pat O' Connor, 1998.

